

y los efectos que atribuían a este primer signo y a todas sus trece casas, era decir que los que nacían en él eran bien afortunados; y si era hijo de hombres principales, decían que vendría a ser señor de vasallos y hombre de mucha estimación en la república y muy rico; y si era hijo de hombre común y plebeyo, decían que sería valiente, honrado y acatado de todos y tendría que comer; si era hija la que nacía, decían que sería rica y tendría todo lo necesario para su casa y sería dadivosa y bienhechora de los pobres necesitados y que se le lograrían todas las cosas de mercancía, o trato que tuviese, y otras cosas semejantes que dejo por excusar prolijidad.

Pero hemos de notar, para conocer las marañas del demonio, que aunque es verdad que prometían todas estas cosas en este signo y sus consiguientes casas, usaban de otra astucia, porque temían su bueno y acertado cumplimiento, y decían luego: estas cosas dichas las promete el dios signo; pero, aunque el carácter promete buena fortuna, será posible que esta criatura no la consiga si no hace penitencia y sufre con paciencia la disciplina y castigo de sus padres, y si no es bien criado y no anda derechamente por el camino de la virtud; porque por estas malas costumbres perderá todo lo que por su buen signo ha merecido en su nacimiento. Esto ordenó el demonio en estas gentes, para que si no fuese verdad lo que este su diabólico ministro había prometido en su nacimiento, a la criatura se atribuyese a culpa suya y no a engaño y mentira del signo. Y hemos de advertir más, que no todos los signos con sus casas eran favorables al recién nacido, ni tampoco todas juntas lo desfavorecían, sino que algunos signos eran favorables y muchas de sus casas restantes no lo eran; y otros signos eran contrarios en su primera casa y favorable en su segunda o tercera; y otros indiferentes para el bien y para el mal (según doctrina falsa de estos diabólicos rabinos); y porque todo era falso y mentiroso, no me curo de pasar adelante a dar más razón de esta fingida arte, aunque la tengo toda en mi poder; sólo he dicho esto para dar noticia al lector de lo que estas gentes sentían acerca de sus adivinanzas y suertes.

CAPÍTULO XXXVIII. *Del palo volador de que usaban estos indios en sus fiestas principales*



ENTRE OTRAS MANERAS DE REGOCIJOS que estos indios occidentales tenían, con que engrandecían la solemnidad de sus fiestas y solazaban los ánimos de los que asistían en ellas, era una manera de volar que tenían, dando vueltas por el aire, asidos de unos cordeles que pendían de un alto y grueso madero; y para mayor gusto del lector expresaré de palabra su hechura.

Cuando habían de volar, traían del monte un árbol muy grande y grueso y descortezábanlo y dejábanlo liso. Éste era muy derecho y del tamaño suficiente que bastase a dar trece vueltas a su redonda el que en lé volaba.

El artificio de esta invención era un mortero que ajustaba en lo alto y cabeza del madero, del cual pendía un cuadro de madera, a manera de bastidor, de un lienzo de casi dos brazas en hueco, atado fuertemente al mortero por las cuatro esquinas del dicho bastidor o cuadro con fuertes sogas. Entre el mortero y este dicho cuadro ataban otras cuatro sogas del grosor que bastase a sustentar los que de ellas se colgaban, que a las veces eran tres y cuatro y más de cada una. Estas sogas las afijaban con fuertes clavos, porque no se desfijasen, ni anduviesen a la redonda, haciendo disonancia al compás y priesa con que volaban. Estas sogas entraban por unos agujeros que estaban enmedio de los cuartos que hacían el cuadro, las cuales, para que hiciese su oficio, las revolvían en el madero con mucha orden y concierto, llevándolas todas cuatro juntas, sin que una mordiese a otra, a manera de como se pone en el telar una trama para tejerse. Estas sogas en su extremidad baja remataban con unas lazadas de a vara, poco más o menos, y éstas llegaban a besar y hacer término con el cuadro todas las veces que las revolvían al árbol o madero que estaba empinado para volar. Para subir a este dicho cuadro, que era donde se sentaban los indios voladores, ataban una media maroma desde lo bajo a lo alto, haciendo nudos por el mismo palo, que servían de escalones y de asidero para poder subir por él con mucha facilidad y destreza.

Los indios que volaban no eran todos indiferentemente, sino aquellos solos que estaban muy enseñados para este ministerio, los cuales se ensayaban muchos días antes para ejercitarlo con destreza y gala. Los principales que hacían el juego eran cuatro, los cuales se vestían en figuras diversas de aves, es a saber, tomando unos forma de águilas caudales y otros de grifos y otros de otras aves que representasen grandeza y bizarría. Llevaban tendidas las alas para representar el vuelo propio y natural del ave; subían a lo alto muy suelta y ligeramente y con ellos otros ocho o diez, todos rica y costosamente vestidos y con muchos brazales y plumajes, para ayuda del ruido y ornato de su vuelo. Todos se sentaban por orden en el cuadro, y por tandas y veces iba subiendo cada uno de pies en el mortero, y allí danzaban al son de algún instrumento las mudanzas que sabían, daban muchas vueltas, como unos volantines, queriendo cada uno aventajarse al otro.

Después de haber regocijado a los circunstantes, que embobados estaban viendo las cosas que hacían, se enlazaban por el medio cuerpo los cuatro que representaban las aves dichas, y dejábanse colgar de las sogas con que fingían su vuelo, y con el peso de los cuerpos movían el cuadro a la redonda y daban ellos las vueltas, y mientras más bajaban, más iban ensanchándose las vueltas que hacían; de manera, que la segunda ganaba a la primera aire y cuerda y la tercera a la segunda, y de esta suerte venían a fenecer las últimas a manera de campana, en una muy ancha y redonda plaza, las cuales venían aventajándose también en velocidad y fuerza, y así llegaban al suelo con gran ímpetu y violencia.

Aquí era de ver lo que venían haciendo estos voladores, asiéndose unas veces con los pies de la cuerda, otras con las manos, otras asidos de sola

la cuerda, que les ceñía por la cintura. Los otros que quedaban arriba, cuando veían que ya iban los voladores en la media distancia de su vuelo, asíanse de las sogas y veníanse deslizando por ellas, unos en pos de otros, haciendo muchos sonos y sutilezas; de manera, que cuando los voladores llegaban al suelo, venían con ellos juntamente. Aquí eran las risas y los contentos de todos; porque si el que volaba no era muy diestro, como bajaba con ímpetu y fuerza, alguna vez por dar de pies, daba de manos, o de cabeza, e iba rodando por el suelo hasta que la sogá perdía la fuerza que traía; y de esta manera se acababa el vuelo y volvían otra vez a recoger las sogas para hacer otro tanto.

Esta invención pienso que fue inventada del demonio, para tener estos sus falsos siervos y cultores con más viva y continua memoria de su infernal y abominable servicio; porque era una recordación de los cincuenta y dos años que contaban de su siglo (como dejamos dicho), en el cual círculo de años renovaban con el fuego nuevo, que sacaban al pacto y concierto que tenían hecho con el demonio de servirle otros tantos años en el discurso del tiempo venidero. Esto se verifica en las trece vueltas que daban; porque aunque tomadas todas juntas no son más de trece, consideradas en los cuatro cordeles y sogas, hacían cincuenta y dos, dando a cada uno de los cuatro que volaban, trece, que multiplicadas cuatro veces trece hacían el dicho número de cincuenta y dos.

No cesó este vuelo cuando la conquista y plantación de la fe en estas indias, antes se fue continuando hasta que los religiosos ministros evangélicos alcanzaron el secreto y prohibieron, con rigores grandes, que se hiciese. Pero muertos los primeros idólatras, que recibieron la fe, y olvidados los hijos que los siguieron de la idolatría que representaba, volvieron al vuelo y lo han usado en muchas ocasiones; y como gente que sólo se aprovecha de el juego y no de la intención que sus pasados tuvieron, ya no se curan de que los voladores sean cuadrados y así los hacen sexabados, en especial los que son muy altos, y cuelgan de ellos seis sogas y lo ejercitan con grande fiesta y regocijo, no curando de que las vueltas sean solas trece; porque según son grandes o chicos los maderos en que vuelan, así son muchas o pocas las vueltas que dan en ellos.

De éstos alcancé yo a ver en la plazuela de palacio (que se llamó mucho tiempo del Volador y agora se llama de las Escuelas) uno de excesiva grandeza, y en tiempo del virrey don Martín Enríquez, en unas fiestas que hicieron los mexicanos de la conquista de Mexico, renovando en ella la memoria de Fernando Cortés y todo lo sucedido hasta la toma de la ciudad, volaron algunas veces, y con el remate de el día y de ellas, se subió un indio de pies en el mortero, el cual aquel día se había señalado mucho, en el mismo lugar, con cosas muy particulares que había hecho; y cuando le pareció tiempo de venirse tras los que volaban, se arrojó a asir una de las sogas y maromas de los voladores, como otras veces había hecho; pero, o por traer en las manos un atambor y unas sonajas o porque ya la cabeza le pesaba mucho, según se presumió que había cargado de vino, no acertó a tomarla; y aunque traía alas, fueron como las de Ícaro, pegadas con cera,

y así no le valieron y vino al suelo antes que los compañeros que volaban, y se hizo mil pedazos; pero no por esto se mandó quitar, antes volaron en él otras muchas veces, hasta que el dicho madero se pudrió por la parte que estaba fijo en el suelo.

Han muerto otros muchos en otros, porque van pesados cuando suben, y por este respeto fui yo parte, en esta dicha ciudad de Mexico, con los señores virreyes, de que se prohibiesen; pero como las cosas, así en el bien como en el mal, no tienen permanencia, y como dijo el otro sabio, hay tantas sentencias y pareceres cuantas cabezas hay en el mundo, me han dicho que han vuelto a resucitar el juego; y en una fiesta que se celebró de Santiago en la parte de Tlatelulco este año pasado de 1611, que es la segunda que se hace después que acabé aquella iglesia, cayó de lo alto de él un indio y murió de la caída; y a este paso y tono han muerto otros y sucedido otros desastres y desgracias; y esto no basta para escarmiento, así como tampoco no lo es, para excusar la lidia de los toros, ver que cada vez que se juegan hay heridas y muertes de hombres en los cosos; porque deben de decir aquel adagio común, que no porque una nave se pierda en el mar dejan de navegar las otras.

